

que con una sola de estas piedras puede comprarse una cantidad determinada de taro ó de cocos, ó adquirir una canoa, una casa, una porción de tierra, etc. Miklucho-Maklay escribe hablando de Yap: «Unos *fes* pequeños, perfectamente pulimentados y de formas regulares que ví en las viviendas de algunos caudillos, valían más que los grandes, mal pulidos é irregulares. En ninguna de estas piedras he visto más adornos que uno ó dos círculos concéntricos ó una línea en zigzag trazada en el borde exterior: la mayor parte de ellas, sin embargo, carecían de este adorno y no estaban pulimentadas. La primera materia para hacerlas no se encontraba en Wuap, sino en las islas Palaos y en éstas era en donde se fabricaban. Algunos ancianos me refirieron que en los tiempos antiguos, antes de que los buques europeos llegaran todos los años á Wuap, naufragaron muchas piraguas indígenas que hacían el viaje al ar-

chipielago de las Palaos en busca de los *fes*. Hoy en día todavía está esta moneda en plena circulación y cada año muchas gentes distribuidas en secciones van y vienen de las Palaos á bordo de buques europeos.» Como la confección de los *fes* exige mucho trabajo y su transporte muchos gastos, estas monedas de piedra son, en la mayoría de los casos, propiedad de toda una municipalidad, siendo muy pocas las que pasan á ser propiedad de los particulares.

Lo poco manuable que son estas monedas de piedra hace que para el tráfico se empleen otras, tales como sargas de conchas perleras (*sar*) y rollos de estera (*ambul*) de tosca labor cuyo valor varía según las clases y la cantidad no pasando nunca de 35 á 40 dollars. Todas las clases sociales pueden poseer *fes*, *sars* y *ambuls*; en cambio sólo los caudillos tienen otra clase de moneda, el *gau* (que es



Mujeres de las islas Sandwich (de una fotografía del álbum de Godeffroy).

indudablemente la misma que el *bungau* de las Palaos) que consiste en distintas piedras pulimentadas y almejas torcidas que ensartadas alternativamente constituyen un adorno para el cuello. El valor de estas monedas depende de la mayor ó menor escasez de las mismas y según la mayor ó menor distancia de los lugares en que se las encuentra en las diversas islas entre Yap, las Palaos y Nueva Guinea. Entre los naturales de las islas Gilbert sirven de adorno para el cuello y al propio tiempo de moneda unas laminitas de corteza de nuez y de conchas de marisco que se ensartan en cordones de fibra de coco, alternando las blancas con las negras: las cuentas de bolsillo hechas de corteza de coco, los brazaletes de concha de tortuga (*lokum*) y los de spóndilo (*assang*) son en Mortlock artículos de cambio. Que á consecuencia de un comercio animado se han hecho esencialmente necesarios los artículos de cambio lo demuestra el hecho de que los insulares de Mortlock, á pesar de tejer, importan ciertos tejidos de las islas Ruk y de que los habitantes de Yap compran á los de Mackenzie las esteras con que se visten.

Estas clases de moneda no sólo tienen una importancia económica, sino que su antigüedad y su escasez les dan un valor casi sagrado: algunas también por lo difícil que es conseguir las y por el poder que comunican al que las posee proporcionan á éste una influencia política mayor que

la de que goza nuestra plutocracia. Ciertos grandes crímenes, especialmente los cometidos contra el caudillo ó sus allegados, sólo pueden ser purgados á menudo con la entrega de un pedazo de dinero que representa toda la fortuna de una familia. La familia que por esta causa pierde su caudal y por ende su crédito desciende por este simple hecho algunos grados de la escala social. En una palabra, el dinero junto con la tradición religiosa constituye el fundamento de la influencia política y sirve de norma para apreciar la posición social de una familia. En las fiestas intertribales, *ruk*, las clases de moneda desempeñan también un papel importante. El *ruk* es, según Kubary, una de las instituciones fundamentales de la vida de las Palaos: en realidad es una de las maneras de que circule el dinero, pues cada territorio da de cuando en cuando un *ruk*, con motivo del cual acude á la fiesta un cierto número de representantes de comarcas amigas que aportan al gobierno un tributo fijo en dinero indígena, *bohadel andou*. Así por ejemplo, cuando Korrer da un *ruk* (*ruk mulbekel*) comparecen sucesivamente todos los distritos amigos: el Ajbatul y el Irajkalau reciben un *kalebukub* cada uno y los demás caudillos un *kluk* y con esto los caudillos visitantes pagan, cada cual según su rango, á los que los reciben. Además de este *mulbekel* ó gran *ruk* de los grandes países hay otro llamado *tamangel a wak*, al cual acuden los pequeños luga-

res de un distrito, y con el cual se da una prueba de amistad lo mismo que con los *ruk mulbekel* de los grandes territorios.

CAPÍTULO V

FAMILIA Y ESTADO DE LOS POLINESIOS Y MICRONESIOS.

«Desde el punto de vista del rango, el nacimiento disfruta de un privilegio especial, pero la pobreza no hace despreciable á ningún hombre.»

JAMES WILSON

Familia. Nacimiento. Consagración. Educación. Demanda de matrimonio y bodas. Situación de la mujer. El matrimonio. Derecho de maternidad. División de las tribus. — El Estado. Clases y estados. Tipo aristocrático de la vida pública. El príncipe y los nobles. Limitaciones del poder de los soberanos. Ceremonial de corte. Carácter guerrero. Causas de guerra. Las organizaciones guerreras. Sistema de lucha. Sitios. Batallas navales. Ajuste de paz. El «mallo». Acatamiento de las leyes. Leyes del tabú. Castigo á los que violan las leyes del tabú. Suspensión de las leyes del tabú.

Entre los polinesios, en el acto del alumbramiento el esposo ó padre invoca á los dioses mientras la madre ó una cualquiera de las mujeres que están al lado de la parturiente hace las veces de comadrona: primero se comienza por invocar al dios de la familia, pero si los dolores del parto se prolongan demasiado se invoca también al dios del marido ó al de la madre de la esposa. Pritchard reproduce la siguiente fórmula de invocación que se usaba en Samoa: «¡Mira á nuestra familia, oh Salia! ¡Apiádate de mi hija y déjala que viva! ¡Protege á mi hija y permite que vuelva á sentarse entre nosotros! ¡Manifiesta tu voluntad, oh Salia, para que podamos cumplirla! Lo que tú desees lo haremos. Habla, para que hagamos tu voluntad y para que nuestra hija pueda sentarse otra vez entre nosotros. ¡Oye esta plegaria nuestra, oh Salia!» Durante el acto del alumbramiento, se pronuncian sucesivamente los nombres de todos los dioses y el dios cuyo nombre se emite en el momento de salir á luz el niño es considerado como el dios tutelar de éste. Los tohugas de Nueva Zelandia observan atentamente, después de haberlo rociado, determinados movimientos del niño y eligen el nombre que con ellos armoniza como símbolo del nombre secreto. La principal ceremonia después del nacimiento es la de cortar el cordón umbilical, lo cual se hace en Samoa con una maza, cuando son niños, á fin de hacerlos valientes, y cuando son niñas con una de las planchas que sirven para martillar la tapa, para que sean buenas trabajadoras domésticas. De la misma manera que en Nueva Zelandia los niños reciben un nombre ocho días después de nacidos, para lo cual se invoca al dios tutelar y se rocía con agua al tierno infante, los morioris dan á sus hijos, entre los cánticos de los sacerdotes y las aspersiones, un nombre plantando un árbol *makeu* á fin de que como éste crezca y florezca el muchacho. En Micronesia la imposición de nombre se hace con las mismas ceremonias que en Polinesia: también allí todos los nombres tienen una significación personal, así por ejemplo una joven de las islas Palaos se llama *Korakel* (delgada) por su esbeltez; otra *Akiwald* (sobre la montaña) por el lugar en que habita.

Las edades principales de la vida del niño tienen sus consagraciones religiosas: poco menos que entre nosotros los cristianos los dioses acompañan allí al hombre á medida que se va desarrollando y se le presentan en los momentos decisivos de su existencia. Cuando en Hawai el niño es conducido desde la *noa*, casa materna, á la *mua*, casa pa-

terna, lo cual se verifica en la época del destete quedando en su consecuencia sometido al *hapu*, la madre sacrifica un cerdo delante del ídolo y en honor del dios de su familia. El padre, después de haber aportado el áva, ruega á Dios para que el vástago nuevamente entrado en su casa prospere y pueda multiplicarse así en las circunstancias prósperas como en las adversas, suplicándole que aparte de él á los malos espíritus y que haga descender sobre él la luz más clara. Entre los neo-zelandeses, cuando se confiere el primer bautismo, se consagra el niño al dios de la guerra Tu y la muchacha á la diosa del menaje, y esta consagración, relacionada con fórmulas rigurosas y con usos tradicionales,



Mujeres de Ponape, islas Carolinas (de una fotografía del álbum de Godeffroy).

se reproduce al entrar los niños en la pubertad. Luego, y mientras la tribu se entrega á generales ayunos, el abuelo despierta á su primer nieto, que duerme en una choza destinada especialmente á esta ceremonia, y le inicia en los misterios de las tradiciones de la tribu, y los tohugas de ésta enseñan el principio de las tradiciones á aquellos que se muestran aptos para tales iniciaciones, especialmente si son hijos de arikis. Para esto, tienen que habitar en una cabaña de hojas construída en el bosque y entonces terminan los ayunos generales comiendo meollo de *toia toia* «para calafatear los secretos», hecho lo cual se verifica la segunda aspersión con agua, llamada *Idi Idi*. Más tarde, se celebra otra consagración en la que el joven que tiene ya condiciones para emprender la primera campaña es llevado en cueros al río en donde se le rocía con agua: á esta ceremonia no pueden estar presentes ni mujeres ni niños. Las consagraciones de las muchachas que han llegado á la edad núbil son mucho más sencillas, reduciéndose en Samoa á una simple fiesta de regalo: los parientes de la joven invitan á todas las mujeres de la tribu á una fiesta que se celebra en

un día determinado, acudiendo todas ellas con sus presentes y aceptando á la muchacha en la comunidad de las adultas.

En punto á educación, es regla general dejar al niño, en cuanto puede atender por sí mismo á todas sus necesidades, seguir sus inclinaciones y sus impulsos con entera libertad hasta que la sociedad de los compañeros ancianos y más tarde la tribu se apoderan de él para educarlo. La familia tiene también en esto menos influencia que la comunidad ó la tribu. Las terribles proporciones que, según hemos visto en la pág. 451, ha alcanzado en Polinesia el infanticidio demuestran el escaso valor que muchos dan á los niños, siendo de notar que una de las principales causas de esta bárbara costumbre es la facilidad con que se disuelven los matrimonios. También puede haber contribuido á ella la idea exagerada que se tiene del derecho que corresponde al hijo de heredar la posición y la dignidad del padre, pues el primogénito recibe, en cuanto nace, el nombre y la dignidad de éste y es, desde aquel momento, superior al mismo. Mientras el niño es menor de edad, esta relación no tiene consecuencias prácticas y el padre ejerce toda su autoridad aunque siempre en nombre de su hijo. Pero el niño resulta de todas maneras una carga y así se comprende que los ehris de Tahití, los hombres más libres de todos los libres, no quieran reconocer á ningún niño para que nadie pueda estar por encima de ellos.

La sorprendente frecuencia de las adopciones de niños, especialmente varones, es una consecuencia de la flojedad de los lazos familiares. A menudo, viven todavía los padres de un niño que por la adopción ha entrado en una familia nueva y estas personas tan estrechamente unidas por la naturaleza apenas se conocen entre sí, al paso que el adoptado es tratado por su familia adoptiva con un cariño que no podría ser mayor tratándose de hijos verdaderos. De esta suerte ocurren en las familias cambios radicales gracias á los cuales se enredan de una manera inexplicable los lazos de parentesco tan enmarañados ya de por sí á consecuencia de la facilidad con que se contraen y se disuelven los matrimonios. Semper conoció en las Palaos á un anciano que tenía tres hijos adoptivos y cuyos hijos verdaderos habían sido adoptados por otros. En una sociedad inmoral como esta polinesia, la adopción da acerca de la procedencia de los niños mayor seguridad que el reconocimiento de los hijos legítimos nacidos de matrimonios desordenados.

El polinesio nunca pide por sí mismo la mano de la novia sino que para ello se vale de sus parientes ó, si es caudillo, de sus *hoas* ó amigos, cargo análogo al de ayudantes de nuestros príncipes. En Samoa, se reúnen los *tulafetes* ó jefes de familia, que como á tales constituyen el consejo del príncipe, y eligen una novia conveniente, teniendo muy buen cuidado de que la elección no recaiga en muchacha de pobre estirpe, pues ellos son los que han de costearle el ajuar. Luego se envía á la tribu del caudillo cuya hija ha de ser pedida una embajada provista de manjares que formula la demanda, y la aceptación ó el rechazamiento de éstos indica si la petición es aceptada ó rechazada. De todas maneras, requiérese siempre el consentimiento de los *tulafetes* de la tribu á que la novia pertenece, y una vez éste obtenido, la muchacha es obligada á casarse aun cuando no se muestre inclinada á la boda. Si el *tulafele* niega su consentimiento y la pretendida tiene inclinación por el que la solicita, suele fugarse con el elegido de su corazón, cuyos compañeros atraviesan la aldea de ella entonando cantos provocativos. A la corta ó á la larga los ofendidos, como sucede en todas partes, acaban por rendirse ante lo que es ya inevitable y transcurridos algunos meses, la tribu inju-

riada se apacigua después de haberse cambiado los ricos presentes de la novia y del marido. Cuando, por el contrario, la muchacha ha sido casada contra su voluntad, aprovecha la primera ocasión que se le presenta para abandonar á su marido y entonces depende de la nobleza de sus parientes el devolverla gratuitamente al esposo ó el exigir de éste nuevos presentes para la devolución. Los regalos se hacen al novio y á la novia: los primeros, llamados *olaa*, consisten en manjares guisados de toda clase, en cerdos vivos, aves, canoa, mazas y lanzas, y modernamente en algodón, destrales, pólvora y fusiles; los segundos, denominados *toga* (Tonga) se componen de esteras finas y de telas de corteza.

Las bodas se celebran en la aldea del novio de la manera siguiente: las dos tribus se reúnen en el *malae* (plaza pública) de la aldea; la novia, seguida de sus amigas y de algunas compañeras abundantemente untadas de aceite, vestidas con finas esteras y llevando flores, se dirige por un sendero cubierto de esteras hasta el centro de la plaza, en donde el novio la espera sentado, y toma asiento enfrente de él en una estera blanca como la nieve, mientras las mujeres jóvenes aportan entre cánticos los presentes de boda á los futuros esposos. En la época en que la castidad de sus hijas era motivo de orgullo para los caudillos, se verificaba la prueba de esta estimada cualidad y si de ella resultaba demostrada la virginidad de la novia un nutrido aplauso saludaba al caudillo y á la tribu. Si por el contrario la muchacha no resistía á la prueba, cuya obscenidad nos veda describirla, sus hermanos ó su propio padre la mataban en el acto á golpes de maza, destruyéndose hasta la menor huella de su existencia y no volviéndose ya á pronunciar su nombre. En el caso de que el resultado de la prueba fuese satisfactorio, los amigos del novio conducían á la novia á su futura vivienda en la que permanecía oculta por espacio de muchos días. La circunstancia de que cinco ó seis meses más tarde una nueva entrevista solemne y un nuevo cambio de presentes sellaran el matrimonio parece indicar que la primera ceremonia era provisional y que los meses transcurridos entre una y otra eran un período de prueba. Los samoanos cristianos han conservado el cambio de presentes de boda como complemento de la ceremonia religiosa, pero antes ha enviado el pretendiente la demanda por escrito, es decir la carta amorosa. Pritchard reproduce una de estas epístolas concebida en los siguientes términos: «Esta es, Saema, mi carta á tí. Yo soy Tuliau. Grande es mi amor por tí; grande es mi deseo de poseerte. Esta es, Saema, mi carta á tí por medio de la cual te pregunto si puedes ser mi mujer.»

La subordinación de los intereses de la familia á los de la tribu que encontramos en las demandas mismas de matrimonio es un hecho importante que se reproduce en toda la vida de familia. La existencia externa de estos pueblos no es de familia, sino de aldea y de tribu. Los observadores extranjeros que han ensalzado la afabilidad de los polinesios aficionados á las fiestas, se han olvidado á menudo de hacer notar que de muchas de éstas están excluidas las mujeres y los niños. Los polinesios son un pueblo sociable, pero su sociabilidad es principalmente la de los hombres de una aldea ó de una tribu entre sí, no existiendo para ellos lo que se llama felicidad doméstica: en este punto los negros son superiores á los polinesios. Las leyes del tabú abren un abismo entre los dos sexos y hacen que nunca se encuentren reunidos en una misma comida, ni jueguen en el mismo hogar con sus hijos. La mujer no puede guisar en ningún caso en el mismo fuego que el marido. Esta barrera, que subsiste aun en los casos de enfer-

medad y de miseria, no sólo separa desde muy jóvenes á los niños de ambos sexos sino que se alza también entre la madre y los hijos, pues el varón recién nacido es *Ra*, es decir sagrado, y la madre *Noa*, ó sea de baja condición. Por esta razón, las maldiciones más terribles de los hombres polinesios son del tenor siguiente: «¡Ojalá que te convirtieras en botella para contener el agua salada de tu madre!» «¡Ojalá que te veas asado para que te se coma tu madre!» «¡Arráncate las pupilas y dáselas á comer á tu madre.»

La vida regalada y el trabajo fácil que son resultado de la fertilidad del suelo, la benignidad del clima y las pocas necesidades de la existencia, se notan aquí naturalmente más en aquello en que, en otros puntos, la carga del trabajo suele ser más pesada, á saber: en la condición de las mujeres. En todos los pueblos naturales en que el trabajo es difícil, tócale á la mujer la parte más pesada del mismo: en Polinesia, en cambio, trabaja ésta tanto más fácilmente cuanto que la costumbre asigna al hombre una participación en las labores mayor de la que en otros pueblos les corresponde: parece como que hasta en esto se nota la influencia de más felices circunstancias. La división del trabajo entre los polinesios es, por regla general, más justa que en otros pueblos de igual grado de cultura. En Tonga, casi todas las faenas, incluso el guisar, corresponden á los hombres: las mujeres fabrican la tapa únicamente para entretenerse y reunidas en un corro común, siguiendo el compás que baten los hombres. En Hawai, la mujer se une por medio del matrimonio á un hombre acomodado que pueda mantenerla y que tiene la obligación de guisar para ella. Generalmente el varón prepara una vez por semana la pasta *poe* para la mujer, la cual no tiene más misión que confeccionar los vestidos y cuidar de los niños. La construcción de la cabaña es de incumbencia del marido, lo propio que el trabajo de esculpir la madera. El hombre y la mujer se dedican juntos á la agricultura, en cambio la pesca es cosa exclusivamente del primero, por más que las mujeres tomen también parte en ella y tengan una habilidad especial para zambullirse en busca de marisco. Mas á pesar de todo esto, la tiránica ley del tabú las excluye, casi en todos los puntos de la Polinesia, de cuanto han de estimar ellas como suprema felicidad de la vida, es decir de presentarse al lado de sus maridos en las comidas, en las ceremonias religiosas y en las fiestas. En Tahití había dos clases de sacerdotes, una para los hombres y otra para las mujeres, y en otras islas, éstas carecían por completo de ellos, siéndoles, además, negada la inmortalidad al lado de los hombres. Pocos hechos sirven de excepción á esta cruel regla general, cuya influencia se deja sentir más marcadamente en la matanza de una porción de niñas, con la cual se modifica esencialmente la proporción numérica entre ambos sexos. En 1774, Cook sólo encontró entre los 700 habitantes de la isla de Pascua, 30 mujeres y muy pocos niños, rechazando desde luego la teoría de que muchas de ellas se hubiesen escondido.

Es innegable que la condición de la mujer en Nueva Zelanda era superior á la que tenía en muchas otras partes de la Polinesia: este hecho merece llamar la atención. Las mujeres no se veían allí excluidas de los debates sobre asuntos públicos ni de los consejos de guerra. Adonde quiera que fueran los hombres, allí iban ellas, acompañándoles hasta en el combate para enardecer su ánimo. Hombres y mujeres comían juntos y la madre encontraba en el hijo la misma obediencia que el padre. El trabajo mismo estaba mejor distribuido entre los dos sexos, pues el hombre se encargaba no sólo de la pesca, de la caza y de

la guerra, sino también de la construcción de chozas y de la agricultura: la mujer le ayudaba y cuidaba especialmente de la confección de vestidos. La miseria de ciertas tribus fué causa de algunas excepciones y una de éstas fué de tal manera reconocida como general por J. Forster que imprimió color en las ideas que se forjaron acerca de la situación de la mujer en Nueva Zelanda. Pero es indudable que no constituye una regla general lo que en tiempo de Cook se observó en el estrecho Carlota, en donde —según narración de J. Forster— «los varones son educados desde su niñez de manera que tengan que despreciar á su madre contra todos los preceptos de la moral.»

No oímos hablar en estos territorios de sacerdotisas, pero los maories atribuían á la mujer más vieja de la tribu cierto don de adivinación. Esta mujer ayunaba, por ejemplo, antes de emprender una guerra y cuando se celebraba la fiesta de la victoria era la única de la tribu á quien se daba un trozo de carne humana. En Tonga, se hace mención de una sacerdotisa de Haehaetahi que bebiendo ava quedaba como poseída. Las mujeres, precisamente por su condición baja, eran consideradas inviolables, lo cual les daba cierta importancia política, pues podían prestar sin dificultad alguna el servicio de mensajeras durante las hostilidades y servir de mediadoras para negociar la paz.

En Micronesia nos encontramos con una costumbre rigurosamente seguida cuando un marido pega á su mujer ó la insulta públicamente de palabra: en las Palaos, si la ofendida es una *Ajdit*, el castigo que al hombre se impone es igual al que se le impondría en caso de asesinato y si el culpable no puede pagar tan crecida multa, se ve obligado á huir. El mayor insulto que se puede dirigir á un hombre casado es decirle alguna mala palabra sobre su mujer: nadie puede hablar en público de la mujer de otro, ni pronunciar siquiera su nombre. En armonía con la división social de los hombres y casi paralela á ésta, aparece en Micronesia la de las mujeres, de suerte que éstas constituyen en muchos conceptos un estado especial. En las Palaos el *ajbatul* es ciertamente el jefe del país, pero sólo como caudillo de los hombres, pues de la misma manera que éste había de descender de la familia *Ajdit*, hay la reina de las mujeres que es la más anciana de esa familia y que tiene á su lado á un cierto número de mujeres caudillas en unión de las cuales vela por la conservación del orden entre las clases femeniles, celebrando tribunales y dictando sentencias sin que en ninguno de estos actos puedan intervenir los hombres. Esta situación se ha desarrollado probablemente á consecuencia del deseo imperioso de tener una representación política que en cierto modo fuera como el reverso de la organización de los hombres, deseo estimulado por el aislamiento de éstos en sus sociedades ó *Klobbergolles*. Las mujeres están también divididas en *Klobbergolles* que tienen sus jefes y que forman corporaciones reconocidas enfrente de las de los hombres, y aun cuando notamos en ellas la ausencia de los atributos importantes de estas últimas, tales como el trabajo en común, la participación en la guerra y la habitación común en los *bais*, en cambio tienen el derecho de percibir ciertas contribuciones para coadyuvar por su parte al mayor brillo de las fiestas, pudiéndolas también recaudar cuando muere el rey en la guerra. Uno de sus deberes especiales consiste en embellecer las fiestas, no olvidando las danzas que con ocasión de las mismas se ejecutan y respecto de las cuales consienten los hombres que sólo las mujeres puedan explicar su sentido. A los hombres les está terminantemente prohibido acercarse á ciertos lugares, por ejemplo á aquellos en que se bañan las